

12 fuiste, crisis... spano, cuando
era difícil pensar... sin amenaza.

Romano... recuerdos
El Brocense,
Bajaba
el Complejo
impañado por
asumir las tar-
bajo las bóve-
allí fraguó el
renacimiento
de nuevo cen-
reflexión.

que viene hoy a
de Romo-
no Hurdes, por re-
ción o por alguna
su personalidad y su
gravedad con carácter

Para los que quedamos, herederos de su unabi-
lidad y vitalidad, que fuimos compañeros y amigos
en la Facultad, en la Institución, en las dos revistas
que nació con su inagotable creatividad y dinamis-
mo, su figura se ha incorporado al eterno patrimo-
nio de los recuerdos urbanos y personales, pues
Romano García ha trascendido para todos nosotros
el triste paso de su muerte en primavera, para que-
dar tallado en la sutil materia de lo eterno.

M. C. Q.



Aceitunilla (Las Hurdes). Vista parcial. (Foto de Fernando Flores del Manzano).

Aceitunilla: Crónica de una jornada por Las Hurdes Altas

Siempre que viajo a Las Hurdes me sobrevienen, inevitables, imá-
genes brutales y descarnadas de la célebre película de Luis Buñuel sobre
esta sufrida comarca. Y es que el peso de lo negativo gravita con la
mayor fuerza en nuestra memoria gráfica. La leyenda negra, urdida
durante tantos y tantos decenios, se superpone a las sensaciones tan
gratificantes que uno experimenta viajando por estos parajes de tan ele-
vado interés paisajístico y antropológico.

La realidad socioeconómica actual desmiente a las fabuladas y muy difundidas narraciones sobre una región subdesarrollada y extraña. El pueblo hurdano, aunque guardián celoso de sus peculiares costumbres, no difiere excesivamente en sus expresiones de cultura popular de otros pueblos circundantes, tanto cacereños como salmantinos. Nada de pueblo maldito. Los trabajos recientes de historiadores ponderados han sacado a la luz la historia de una comarca, Las Hurdes, que estuvo habitada desde tiempos remotos, como testimonian su ricos grabados rupestres (M. C. Sevillano, 1991) y sus variados petroglifos (L. Benito y R. Grande del Brío). El proceso de reconquista y repoblación medievales atrajo a colonos, que se agruparon en pequeñas comunidades pastoriles, venidos del área asturleonera, con la que tantas similitudes culturales guarda Hurdes, tanto en las formas dialectales como etnográficas y folklóricas. La adscripción de estas hermosas tierras al alfoz de la antigua Granada (la despoblada Granadilla), el enseñoreamiento de la casa de Alba y la ulterior dependencia por enfiteusis de la vecina Alberca, fueron factores que marcaron el desarrollo en los tiempos modernos y contemporáneos de Las Hurdes, una región de suelos pobres que el tesón, el esfuerzo e ingeniosa creatividad de los hurdanos ha ido transformando en fructíferos. Todo ello ha generado unos usos y costumbres singulares en cierto modo, de los que han ido dando cuenta puntual las monografías de Maurizio Catani y, desde otro enfoque, las de Félix Barroso. Este último ha sido mi buen acompañante en mi andadura por el país hurdano.

OLOR AL ACEITE DE LOS LAGARES POR EL CAMINO

A Las Hurdes me acerco en un soleado sábado de noviembre de 1997. El trayecto de Plasencia a Caminomorisco me hizo pasar por el valle del Alagón, atravesando sus feraces vegas. En la antesala hurdana, recuerdo que fue a partir de Moraleja, comencé a notar en el olfato el denso y penetrante aroma de los lagares aceiteros. En Villanueva de la Sierra se intensificaba el olor de los alperchines. A la cabeza me sobrevinían mis madrugadas infantiles, cuando se deshacía la aceituna en la almazara cabezuelana, y mi padre nos levantaba para que probásemos el pan candeal crujiente —era también panadería— untado con los hilos dorados del aceite recién exprimido. Una delicia para mi paladar de

niño, extasiado ante los reflejos áureos del aceite, vertido por entre aquella ruidosa maquinaria de *molejones*, *rulos* de piedra, la bruñida prensa que ensartaba los chorreantes capazos y los minúsculos canales de baldosas por donde fluía mansamente el líquido aceitoso.

Los humedales del río Los Ángeles me sacaron de los embelesos infantiles. El antiguo concejo de Lo Franqueado presentaba una faz risueña, con su frondosa vegetación riparia, que presta sombra a los merenderos que apuestan con firmeza por el reclamo turístico para esta zona. Me acordé que bajo los altos alisos y chopos nos agasajaron el día que se inauguró el «Centro de Documentación de Las Hurdes». Todo un lujo, pues no existen réplicas en la provincia, que confío en que los estudiosos de la comarca sabrán aprovechar.

En Caminomorisco conté con la inestimable compañía de Félix, cordial y receptivo. Él iba a ser mi introductor en los ambientes hurdanos, refractarios, con razón, ante los forasteros. En el camino hacia Aceitunilla fuimos hablando de la comarca. A Félix se le desbordaban sus muchos saberes por entre las comisuras. El paisaje se uniformaba con la presencia persistente de los pinos. Creo que la repoblación forestal restó belleza a estos rincones, si bien proporcionó jornales muy necesarios. De cuando en cuando emergía, en la luz matinal de la otoñada, la copa amarillenta de los castaños o el reflejo cobrizo de los escasos y relictos robledos, proclamando con colores contrapunteados su autoctonía arbórea en estos pagos.

LA VISITA A ACEITUNILLA

La buena carretera se terminó al enfilarse hacia Aceitunilla, que se presentaba dominante sobre el recio paisaje montañoso en que se asienta. Cada vez se me afirmaba con más fuerza la apariencia de castro tribal que muchas alquerías ostentan. El viejo núcleo se agarra con firmeza al montículo por cuyas laderas ha ido resbalándose un urbanismo irregular de nuevas construcciones disonantes, necesarias para la comodidad de sus moradores, pero irrespetuosas en el empleo de materiales ajenos y convencionales. ¿No se podía haber mantenido, aunque sólo fuera para recubrir los paramentos, la pizarra y la madera como elementos constructivos de los edificios más recientes?

La denominada *arquitectura negra* hurdana salpica con sus tejados pizarros el conglomerado del nuevo caserío, si bien hay un punto de concentración, que debe corresponderse con el casco histórico de la población. En el paseo por Aceitunilla me acompañan, además de Félix, dos amabilísimos vecinos —Pedro y Gonzalo— que se esfuerzan en explicarme cómo transcurría la vida cuando estaban habitadas estas casas pizarrosas. Cuesta trabajo creer, dadas las dimensiones reducidas de algunas viviendas, que en ellas pudieran convivir los miembros de una familia numerosa, como aseguran mis informantes que lo hacían. El hacinamiento ha sido un fenómeno no muy lejano en las zonas rurales. Ya no queda ni una sola casa de pizarra habitada. Los oscuros edificios a duras penas se sostienen sobre sus muros. Pasear por las callejuelas, entre viviendas decrépitas, produce una sensación inevitable de desolación y ruina. Entro en alguna e intento imaginar sobre la *cantaera* vacía la humilde loza en que comían sus moradores y, al lado del *lumberu*, sitúo un acogedor *escanu* de madera, que, junto a los tajillos de corcho, servirían para arrebujarse la familia alrededor de la lumbre de verdiones, que ahumaría embutidos y cecinas. Pese a su pobre porte externo, el interior se distribuía como otras muchas casas de la serranía altoextremeña: en el nivel soterrano o semisótano, aprovechando los desniveles del suelo, se encontraba la cuadra y la bodega; el breve *patiu* que da acceso a los cuartos y alcobas de dormir y a la cocina, sin chimenea para permitir la salida del humo a través del *sequeru*, donde ‘sudaban’ las castañas antes de pilarse y convertirse en *pilongas*.

La homogeneidad de estos edificios de piedra delata el carácter igualitario de sus habitantes, de condición tan llana que no permitió la instalación de blasones ni de piedra labradas. ¡Qué distintas estas viviendas de las casas solariegas, con escudos nobiliarios y culta cantería de las villas serranas del norte cacereño! En esa humilde apariencia reside gran parte de su encanto. Sería lamentable que las autoridades autonómicas no estableciesen un plan de salvación de algunos de tales conjuntos arquitectónicos, tan representativos del pasado inmediato de Las Hurdes. Me llama la atención la estructura circular que mantienen las plantas de no pocas viviendas, detalle que he observado en otras poblaciones montañosas de origen pastoril (Cabezabellosa, Cabrero, etc.).

Pero mi visita a Aceitunilla iba más allá de un simple paseo por los laberínticos callejones. Una mujer pasó rozándome con un haz de escobas que traía del monte. La saludo y, al no corresponderme, mis interlo-

cutores se ríen de mí. Resulta que la señora no es descortés, sino sencillamente sorda. No lo son, sin embargo, las vecinas que, en una solana ventilada y de hermosa panorámica, toman el sol mañanero. Enseguida pegó la hebra con algunas. Por primera vez oigo hablar de la *Jáncana Rabúa*, de brujas y personajes míticos, que la memoria de estas ancianas preserva. Se muestra mucho más abierta la gente de lo que el amigo Félix me había hecho pensar. Una de ellas lleva el sorprendente apellido ‘Japón’, y recuerdo algo que he leído sobre nipones que se establecieron en diversos puntos de España hace ya siglos. ¿Procederá del lejano oriente la dinastía de esta viejecita que me recita, sin equivocarse nada, un curioso conjuro para ahuyentar las tormentas? Si así fuera, ¿cómo vinieron a parar hasta aquí? Y es que los hurdanos se movieron siempre mucho. De aislados y cerrados, nada.

A eso del mediodía, como la única tabernilla de la alquería no se encontraba abierta en ese momento, decidimos acercarnos a saludar a los padres de Gonzalo y a la esposa de Pedro, una mujer joven que desde la fría Suiza se ha aclimatado bien a estos lares. En casa de este último se celebra el *serano*, la típica ‘corrobla’ de otros lugares, alrededor de la chimenea, donde está ya crujendo la carne sobre las parrillas. Está deliciosa. El recio vino serrano ayuda a empujar los trozos de carne asada. Bajo los vaporosos efectos de un bien matizado y gustoso licor de madroños, comienzo mi entrevista con informantes dispares.

La atención principal la centro en la madre de Gonzalo, Avelina Encinas, cuya melodiosa voz va desgranando viejas consejas y romances tradicionales, que me dejan sorprendido. Romances antiguos que hablan de don Rodrigo y la pérdida de España, de don Favila y el abrazo mortal del oso, de reyes y reinas leoneses asesinados... La tradición oral está vivísima. ¿No habrá modo de protegerla ante un futuro incierto? Mi entusiasmo es creciente ante los saberes de aquella señora, cuya amabilidad neutraliza las opiniones desconfiadas del marido sobre los forasteros. Antonio y su familia andan escarmentados con un periodista madrileño, que, tras visitarlos, ofreció una imagen distorsionada y falsa de la vida popular en Aceitunilla. Félix se disculpa como puede, aclarando que es difícil discernir, entre los que se acercan a Las Hurdes en su compañía, quiénes van a ser o no honestos en el tratamiento que den a sus trabajos posteriores.

Ya bien consumida la tarde, me despido de mis anfitriones de Aceitunilla. Se han portado conmigo de un modo excepcional. Le agradezco

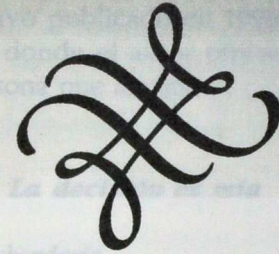
a Félix sus buenos quehaceres para entablar estos contactos. Echo una postrera ojeada al caseño, que azulea con el humo de los tejados, y miro la enorme tajadura por donde discurre, bravo y espumoso, un arroyo que lame el monte donde se alza Aceitunilla. A la vuelta, el sol decadente saca los últimos brillos al otoño dorado de Las Hurdes.

Ha sido una jornada deleitosa y provechosa. No se me olvidará fácilmente.

FERNANDO FLORES DEL MANZANO

 REACIÒN

 LITERARIA



*Me desbordaba
el corazón de alegría,
si mañana me dijeras
que has decidido quedarte.*

*Que has pensado
llenar mi soledad,
en la que estos años
he estado sumergido.*

*Que impregnaste
mi pequeño corazón
con una nueva profecía
llamada amor.*

*Que sonreíste
en la primavera amorizada,
para que al resplandor de tu mirada
pueda hallar tu labio enroscado.*